



LA NOCHE TRISTE

Por la modorra, ó soñolencia inconsciente ó hipnótica, en que suelen caer los destinados á una próxima irreparable catástrofe, consecuencia lógica del movimiento de los hechos y resultado natural del curso de los tiempos, creíase la víspera de su muerte eterno y todopoderoso el magno imperio azteca. Guía más ó menos respetado de varias gentes en los inmensos dominios nominales, que á su poder adscribiera con títulos más ó menos legítimos y por medio de victorias más ó menos duraderas y eficaces, había confinado en sitios apartadísimos é inaccesibles á los salvajes indóciles é insumisos, al par que fundado una confederación, de que se creía cabeza, con las circunstantes repúblicas y reinos constituídos en alguna forma de viejo Estado y depositarios de algún residuo de antigua civilización. Los aztecas no extendían su autoridad y poder por el inmenso espacio, comprendido entre California y

Vera-Cruz, á que llamamos Nueva España; reduciáanse al terreno comprendido entre las tierras mejicanas propiamente dichas y el Atlántico, terminando al Sudoeste allá en las líneas formadas por el río de las Balsas. Mas, ora fuese mayor, ora fuese menor su extensión; dilatárase ultra ó citra ciertos límites geográficos difíciles de señalar en las inconsistencias consiguientes al período social de continua guerra; tuviera sujetas ó no las tribus incluídas en su Imperio; conste á los eternos enemigos de la conquista española, que por conquista se apoderaron de Méjico los por nosotros conquistados y con un terror implacable, casi antropofágico, se mantuvieron é imperaron. Así hubo la rivalidad latente ó patentísima, de cuyas discordias naturales, generadas por mutuos odios, el español se aprovechó, y que han existido entre los viejos pueblos por modo perdurable, pues ningún gobierno, y menos todavía que los demás gobiernos, el despótico, consigue destruir lo radicado en el sér íntimo y profundo de la Naturaleza. Hubo rivalidades en Méjico entre aztecas y trasaltecas, por ejemplo, cual húbolas en el Ganges entre sudras y brahmanes, en el Nilo entre nubios y egipcios, en el Tigris entre asirios y medas, en el Jordán entre galileos y samaritanos, en el Mediterráneo entre fenicios y griegos, en el Tíber entre latinos y etruscos; ley de la historia irrevocable, que vemos repetirse hoy, en pequeño, entre holandeses y belgas, ó en mayor escala, entre germanos y esclavones ó entre esclavones y tártaros á nuestros mismos ojos. Antes de que los aztecas resistieran á los españoles, habían los primitivos pueblos del Anahuac resistido á los toltecas, los toltecas resistido á los chichimecas y los chichimecas resistido á los aztecas. Pues qué, ¿los rebeldes de las tribus autóctonas trataron al sin ventura Huemac mejor que los soldados españoles al infeliz Motezuma? Pues qué, ¿no consultó éste ciertos augurios en misteriosa caverna, que desembocaba sobre la eternidad, con la sombra de un Emperador constreñido al suicidio por las mismas tribus mejicanas? La verdad es que Motezuma estaba en plena posesión de sí mismo, y se creía destinado á un poder perdurable, cuando agoreaba el tiempo en presagios misteriosos su ruina y su muerte. Sin embargo la vida suya resplandecía más que resplandeciera en otras edades, al borde mismo del ocaso. Aquella capital, semi-terrestre y semi-acuática, podía competir como asegura Herrera, cronista de las Indias, del siglo décimo-sexto con la bellísima y poderosa Venecia del mismo siglo. De aquellos templos podía con seguridad afirmarse lo afirmado por Herodoto de los templos asiáticos; eran mayores que ciudades. Tres mil nobles, postrados de hinojos, servían al Monarca, sin mirarle al rostro jamás, por temor de deslumbrarse con sus resplandores solares; y mil mujeres, escogidas entre las más hermosas, poblaban sus harenes, henchidos de música compañera de areitios ó voluptuosas danzas, y colocados entre paradisíacas florestas. El Emperador nunca departía con sus vasallos, ni á los más reverentes saludos contestaba; tendido bajo el techo de su palanquín semejante al palio de los ídolos, y aromado por nubes de perfumes vertidos en cazoletas de oro. Hasta víctimas, que tenían corona de reyes en la cabeza, expiraban, para honrarle, bajo el puñal litúrgico que les partía el corazón, sobre las aras de su

BIBLIOTECA
MUSEO DE HISTORIA
MUSEO DE HISTORIA
BIBLIOTECA

adoratorio, después de haber luchado en cerradas arenas á su presencia como los gladiadores antiguos en el Coliseo de los romanos Césares. Sobre holocaustos así; entre súbditos obedientes á guisa de rebaños; recibiendo serviles homenajes como un ídolo, cosa fácil era creerse omnipotente y unir á la evidencia de su poder omnímodo la certeza de su perdurable inmortalidad. Sin embargo, como Torquemada observa en el segundo libro de su *Monarquía Indiana*, coincidieron con la fiesta de sacrificios humanos consagrada por los idólatras aquellos á la restauración del templo antiguo de Cohuiatlán, los arribos al sitio donde se levanta hoy Vera-Cruz del explorador Grijalba, que abría sobre su nave argonáutica, cinco lustros allende la invención ó encuentro de América, el seno mejicano, el Mediterráneo aquel hermosísimo, al espíritu progresivo encerrado en el Verbo de la civilización europea. Los teocalis piramidales alzados en las costas de Yucatán, como aras de sacrificio y holocausto, al genio del mar, no contrastaron al explorador, que había ido á descubrirlos, como las Vestales y los Senadores de la Roma eternal, abrazados á las estatuas y simulacros de sus paganos dioses, no pudieron impedir la entrada en sus templos de las lenguas de fuego llovidas para consumirlos con sus llamas y esclarecerlos con su lumbre por el Santo Espíritu cristiano. No puede, no, juzgarse un hecho, como el arribo al Nuevo Mundo del Antiguo, cual se juzga la irrupción de un pueblo en otro pueblo y la conquista de un Estado por otro Estado: la batalla suprema entre Motezuma y Hernán Cortés significa una batalla, no entre dos naciones, no entre dos Estados, no entre dos razas, una batalla entre dos cielos y dos espíritus, como aquellas apocalípticas trazadas por Daniel en Babilonia, por San Juan en Patmos, y transcritas por el divino pintor de las estancias vaticanas de los ángeles armados de centelleantes luminosas espadas, que luchan bajo el sublime Lábaro, donde resplandecía la Cruz del Cristianismo. Por los caminos y con los medios que penetró la civilización española en Méjico han penetrado todas las ideas en todos los pueblos y en todos los continentes.

Notificado Velázquez, gobernador en Cuba, por envíos de Grijalba, del copioso hallazgo invenido en la excursión de éste, allá por el año diez y nueve de la centuria décimo-sexta, aprestó una escuadra de combate y la expidió á las costas descubiertas con objeto de que penetraran tierras adentro los milites en ella embarcados y trajesen aportación de suyo tan cuantiosa y enorme, como los imperios adivinados y entrevis-tos, al común acervo de la reciente dominación española en América. Con el mejor de los acuerdos apercibió á esta obra de sumo trabajo y empeño el más idóneo entre todos los españoles llegados allí, Hernán Cortés: elección digna de cuenta, pues, aunque luego errara y se arrepintiera, precisa cargar poco al Gobernador el yerro de su arrepentimiento, por la necesidad que hay en justicia de abonarle mucho de lo allegado á su nombre con el primer impulso determinante del acierto. En estas el público rumor advirtió al amenazado Motezuma de las amenazas; mas, lejos de ordenar se conjurasen y combatiesen, empleando el común esfuerzo con suma voluntad, aconsejó la circunspección y la concordia. En los primeros avisos apeló al silencio:

en los segundos y más ciertos creyó mejor mensajera de sus propósitos la prudencia que la fuerza, y esperó más de las ofrendas que de los dardos, faltando, como dice un gran escritor, á la necesidad por acudir á la prevención. Si la resistencia espontánea, opuesta por los indios de Tabasco á Hernán Cortés, combatiéndolo á la desbandada y sin plan, se hubiese repetido en las vecinas comarcas, tiempo largo fuera preciso para tomar y rendir un tan vasto imperio. Pero la mezcla de fetichismo y magia, que constituía el fondo y sustancia de la religión azteca, daba margen á siniestras agorerías y presagios incompatibles con la reflexión pedida por lo extremo de las circunstancias; y el régimen casi feudal, en que las rivalidades y competencias se ocultaban, pero no desaparecían, bajo ficticia unidad, impuesta desde arriba por las armas, y no aceptada de grado por las tribus ó pueblos sometidos, quitaba poder y autoridad al amenazado, mientras en el irruptor ponía esperanzas aprovechables como todo cuanto enflaquece las fuerzas enemigas. Jueves Santo de aquel año diez y nueve ancló Cortés en San Juan de Ulúa, y Viernes desembarcó, encontrando embajadores que le brindaban paz y no heraldos que le declarasen guerra, causado aquello, en parte por la maravilla y asombro de los indígenas á la vista de tan extraños advenas, en parte por antigua disposición de caudillos y caciques, no bien sujetos al poder central y no muy de fiar, por tanto, allí donde la resistencia debía tener su primero y más determinante impulso. Cuando, bajo el dosel de gigante ceibo, sobre aras y altares de troncos, á la vista del mar y del cielo iluminados por luz tropical, cuyos rayos realzaban las armaduras del combate y las patenas del culto, se decía Domingo de Pascua misa de aleluya ante la devoción fervorosa de los españoles vestidos con sus lucientes preseas y la curiosidad infantil de los indios casi desnudos; el encuentro de los dos mundos, del antiguo y del nuevo, parecía eximirse al tributo de lágrimas y sangre demandado por las humanas empresas y realizarse á las sugerencias de una concepción purísima como santo idilio. Aquellos indios industriados en las patrias artes litúrgicas, que pintaban los hechos tales como los veían sus ojos, y hasta las personas en sus diversas actitudes sorprendidas por un maravilloso atisbo, aguzado en el ejercicio y en la costumbre, uniendo á estas noticias gráficas el comentario congruente con ellas en signos jeroglíficos análogos á los entallados en las piedras del Nilo y los ladrillos del Éufrates; aquellos indios no sabían que firmaban la última capital sentencia del azteca imperio, con quien espiraban la idolatría, paralizadora del ánimo y del espíritu, así como las castas, en cuyos infernales círculos concéntricos se habían estrellado las olas del tiempo y las ideas del alma, impidiendo los lógicos y naturales términos de la evolución del humano progreso, que se abreviaban y se resumían todos en la inesperada é increíble aparición de aquellos sobrenaturales extranjeros, reveladores de nuevas ideas, las cuales habían de generar otra más progresiva sociedad.

Pero confesemos que, aun auxiliados los nuestros por tantas favorables coincidencias y por su propio y providencial destino empujados, pasma lo inverosímil del es-

fuerzo aquél, certificado por la historia, pues si ésta no lo asegurase con sus testimonios fehacientes y su juicio irrevocable, pareceríanos cosa de invención y de fábula. Sin más recursos que los ofrecidos por el mismo suelo resistente á la invasión y á la conquista; sin posible centro de operaciones; con la retaguardia siempre cortada y el misterio al frente; ignorando desde la lengua del contrario hasta el número, desde las fuerzas enemigas hasta las vías conducentes al corazón del Imperio; en abierta guerra, no sólo con hombres innumerables, defensores de sus dioses y de sus hogares, con físicos elementos, á los cuales tan difícilmente se adaptan aquellos que llegan á sus efluvios en paz y para las artes del trabajo; tal puñado de valerosos españoles, bien que dirigidos y mandados por el más extraordinario genio de guerrero explorador que han conocido los siglos, no parecen seres efectivos y reales, sino fantaseados por una epopeya inverosímil, compuesta de sueños aplicables únicamente á dioses de una hiperbólica epopeya, donde sólo entrara lo sobrenatural y se produjeran los hechos por obra y gracia del milagro. Y cuenta que tenían obstáculos como vasto imperio ufano de sus victorias seculares y de su inmensa dominación; ídolos amados y capaces de alentar por esta fe cándida puesta en ellos, los embates del guerrero con las recompensas guardadas en todas las religiones al martirio; resistencias subidas del suelo donde se fijan los pies y disueltas en el aire que colora y enciende la sangre; gentes belicosas por naturaleza y acostumbradas á vivir en perpetua guerra, tan cultas como aquellas rotas por Alejandro en el Gránico y en Arbelas, y con una retaguardia de tribus, las cuales, habitaban en las cavernas ó en los peñascos y aspirando únicamente á conservar entre los brutos su libertad, podían venir al común peligro de todos sobre los invasores en aquella sazón suprema, y exterminarlos allí, como devoran el campo las nubes de langosta y despueblan la ciudad los miasmas de peste. Cual aquella organización de territorios feudales, conservada tras el triunfo de los aztecas sobre las demás tribus, y garantida en las costumbres todas por una suerte de pacto federativo simulado, perdió al Imperio, la perplejidad perdió á Motezuma y le arrancó la corona. En algunos momentos, al arrebató del odio la sangre le llenaba el ojo y le convertía con ímpetu hacia los combates; mientras en otros momentos los presagios ó agorerías acreditados por la superstición y el recelo de infidencias en sus regios vasallos, le inclinaban á la concordia con los españoles, creyendo en la virtud y eficacia de regalos, y ofrendas, no en el poder y fuerza de armas y ejércitos. Á cada paso de Cortés enviábale un embajador Motezuma para persuadirle al retroceso en su empresa y marcha, no un general para sojuzgarlo. Cada embajador traía su presente de oro; no su flecha de ponzoña. Y siempre que hablaba Cortés de visitar al Emperador, pretendían los embajadores disuadirle á fuerza de halagos; no forzarle al debido acatamiento. Entre las virtudes increíbles del caudillo español resaltaba un arte sumo para dejar sin conocimiento del peligro á los que le seguían, con una sabia manera de echar las sondas al abismo hasta su fondo y no mostrar nunca dónde había tocado, por el imperio de la inteligencia y de la voluntad suyas sobre todos los

impulsos indeliberados del instinto de conservación en ánimo y en cuerpo. Así podían causarle una rota; pero no presumirle un descuido. Nunca parecía más sereno que cuando estaba más desesperado; y al borde mismo de la muerte conservaba la previsión y la esperanza en logro de la vida y en seguro del triunfo. Solía entretener á sus contrarios con estratagemas felices mientras preparaba los más audaces proyectos, y nunca infligía castigo sino en espera del escarmiento, ni entraba en empeño sin haber averiguado antes la salida ó éxito. Cambiaron sus presentes españoles y mejicanos; pero no sus juicios y opiniones; insistiendo éstos en contrastar el progreso de sus huéspedes é insistentes los huéspedes en ir arriba. La oposición hallada en los embajadores á la visita, espoleó la impaciencia de Cortés. El número de presentes á su vez tentó en el vulgo de nuestros soldados la natural codicia de riquezas; en el jefe supremo los deseos de gloria. Cuando menos asistido estaba del gobierno español, más lo reconocía Cortés como supremo imperante suyo; cuanto más atesoraba menos sabía recatar del soberano poseedor los allegados tesoros. Conociendo lo poco que dura el prestigio primero tras la familiaridad continua, y lo mucho que urgía entrar en la posesión de aquellas tribus por la brecha que abrió en sus ánimos el asombro, hizo decir misas y celebrar procesiones con todo el esplendor y lujo permitido á exploradores; alardeó con las armaduras muy relucientes y las espadas muy cortantes y las rodela muy pulimentadas y los capacetes parecidos á espejos y los múltiples penachos y las divisas y las bandas; voló, más que cabalgó, en los caballos, cuyas estampas les parecían á los indios como de monstruos mitológicos llegados por celestiales órdenes á la tierra, bajo sus cascos y herraduras estremecida; disparó los cañones, y al estruendo ya no podían resistir más los asombrados la obsesión de este pasmo, y se revolcaban en el suelo víctimas de un verdadero terror epiléptico, pidiendo misericordia y perdón á quien por tan milagrosa manera disponía de relámpago, y trueno, y rayo, más dioses que los dioses aztecas y más dignos de idolatría que los aztecas ídolos. Sin embargo no dejaban por eso de reclamar la vuelta de los irruptores á sus barcos é impedirles por todos los medios el camino adelante, bien que Cortés notó que mientras el embajador y funcionario llegado de la corte le hacía reverencias externas con el gesto y le impelía con los labios al retroceso y partida, iban los emisarios de las tribus mal domadas por los progenitores de Motezuma y por este mismo en requerimiento de alianzas, ofreciéndole chimamas, como decían ellos á los altares y santuarios ambulantes en que daban nómada culto á sus ídolos é incitándole á cordial unión contra el tiránico dominador de todos. En la vecindad horrible del enorme peligro, Motezuma no aprestaba pertrechos de guerra, sino instancias de vasallo, trocando en pompas de cortesano, que revelaban su derrota, la porfía en el combate á que le forzaba la necesidad. Los últimos embajadores, expedidos á la suprema súplica y al superior empeño, fueron rociados con la sangre de víctimas humanas, en obsequio á sus dioses implacables; y les acompañaron grande turba de antiguos estipendiados oficiales hechiceros para que sacasen á conjuros y sortilegios del cuerpo de Cortés los malos propósitos y le impe-

liesen atrás. Mas todas las supersticiones seculares anunciaban que antaño, mucho tiempo atrás, habíase tragado el Oriente un profeta sobrenatural de aquellas razas, quien anunció, al desaparecer, que vendrían de Oriente seres sobrenaturales á vengarle; y de Oriente llegaban los españoles apercebidos á tomar esta venganza y á cumplir esta profecía.

Y como si las supersticiones no bastasen, juntábanse con ellas indisciplinas feudales consiguientes á la falta de buen organismo, así como de unidad superior en aquel monstruoso Imperio. Desde Vera-Cruz, donde acababa Cortés de fundar la primera colonia española, que se organizó en Tierra Firme, hasta Méjico, donde residía Motezuma, se hallaban innumerables tribus, que se decían avasalladas al Emperador y suspirando por desasirse de su autoridad, en el amor inextinguible á la natural antigua independencia propia. Los primates de Tezcuco y de Campoala lo muestran en todos sus hechos, sin que haya necesidad alguna para persuadirse del carácter que tienen, de pararse á mirar el reciente rencor que muestran. En una capitalidad de tales tribus, en una población, donde la cal de sus paredes brillaba por tanto modo á la luz aquella que la creyeron de plata maciza los españoles, tuvo necesidad Cortés de interponer su pecho entre los caudillos del territorio feudal y los perceptores del tributo á Motezuma, para impedir que degollasen á éstos aquéllos en el recobro de su gobierno propio y de su autoridad natural. ¿Cómo podría salvarse un imperio herido por el cielo con semejante irrupción sobrenatural y abandonado á sus perplejidades de los mismos que se hallaban obligados por el interés común á defenderlo y defenderse? Mas, cuando el caballero polaco ha pedido en extremas irrupciones al campesino siervo su auxilio, se ha encontrado con que no consideraba como su patria éste aquella tierra, donde radicaba el castillo de su horca y el surco de su servidumbre. Y así el serbio en Turquía; y así el croata en Pesth; y así el bohemio en Praga creen que la patria de sus déspotas no puede ser su patria. Con tal razón explicamos nosotros las complicidades encontradas y los auxiliares congregados por Hernán Cortés entre las costas de Vera-Cruz y las lagunas de Méjico. Y así la perplejidad continua de Motezuma, enviando embajadores con presentes al irruptor y enemigo por sospecha y miedo del vasallo. Pero Hernán Cortés, ni podía sufrir la propia impaciencia, ni podía pararse allí en las abrasadas tierras donde se lo comían los mosquitos, cuando le daban en el olfato las esencias y aromas de los jardines paradisíacos colocados allende aquel horno de las tierras calientes y de las costas encendidas. Había de marchar adelante y cumplir su destino. Marchó y lo cumplió. Si un acto de valor en Motezuma no salvara el imperio, que había de pasar, hubiera salvado lo que nunca pasa, nunca, el nombre. Hay una gran diferencia entre Augústulo, el último Emperador romano, metido en el corral con las gallinas, al caer su Roma, y Constantino, el último emperador griego, muriendo frente al enemigo, rodeado de sus héroes, en combate sublime, sobre las murallas, al caer su Bizancio. La conquista de Méjico parece como un jeroglífico indescifrado, cuando no se toman en cuenta los dos factores que más la facilitaron, á saber: supersticiones fetichistas y organización

feudal. Y con efecto, las primeras trocaron los españoles á su llegada en dioses, por lo cual se dieron á partido las tribus ribereñas del Océano, y cuando ya estaban, como en Tlascala, tierras adentro, los tomaron por adivinos y astrólogos, así como por generados directamente del sol. Llegado á Chalco, cerca de la capital, Motezuma redobla los sacrificios de víctimas humanas; consulta los oráculos de antiguo crédito; levanta figura por medio de mágicas evocaciones; atiende y estudia los presagios con las agorerías; y expide al encuentro del enemigo extraordinaria turba de sabios encantadores para que lo detengan en el camino por medio de fórmulas y refranes astrológicos, según el dominio que sobre la Naturaleza ejercían y el privilegio que los dioses le delegaran de ahuyentar las calamidades por medio de conjuros. Y en tanto que la religión mágica enflaquecía de tal suerte los ánimos para el combate y aconsejaba medios tan ineficaces de resistencia, el feudalismo entregaba rendidos los caciques de Campoala y de Quiavislán, así como, después de una resistencia heroica les sometía la República de Tlascala; y en Cholula, grande baluarte de la defensa y del resguardo imperial, aconsejaba pérfidas conjuraciones, en vez de abierta resistencia. Tras tales proceder no le quedaba más medio al Emperador que cortejar la victoria y pugnar por la consecución en persona de aquello mismo no alcanzado en porfiadísimas embajadas. Cortés había llegado á la grande laguna de Méjico, y no le quedaba otro recurso á Motezuma que agasajarlo después de no haber sabido vencerlo.

Corría en el año mil quinientos diez y nueve su día ocho de Noviembre, y Motezuma se preparaba con todo su pueblo al recibimiento de Cortés. Si hubiera parado mientes en que traía éste un ejército de siete mil hombres, dentro de cuyas filas se contaban cuatrocientos españoles tan sólo, diérase por acabado y perdido. ¡Cuán bello espectáculo se ofreció al ejército conquistador en aquella capitalidad maravillosa del mejicano imperio! Un lago celeste y luminoso, que parecía por su transparencia y diafanidad cielo volcado sobre la tierra, y por su extensión y grandeza, mar interior de agua, dulce, una parte, salina otra, recreaba los ojos; unas orillas, tapizadas todas por jardines, circuídos con setos de frutales, engarzaban el sereno lago, como de suave y aromosa guirnalda; unos caseríos de blanca piedra, interrumpidos á trechos por vistosas torres y altas pirámides y templos de vasta construcción y grandes palacios elevábanse de las florestas y temblaban en las ligeras ondulaciones sobre la celeste laguna embellecida por la hermosura del horizonte; innumerables piraguas impelidas por la curiosidad de los indios, que las henchían, iban bogando de un lado á otro, y chimampas aromadísimas, especie de florestas flotantes, plantadas sobre balsas cubiertas de follaje acercábanse al paso como naves floridas y encantadas de libros caballerescos; en los canales peceras, en lo alto jaulas de oro con pájaros de todos colores, por doquier quioscos mal encubiertos tras tupidas enredaderas ó lianas; y entre tantas y tantas bellezas, el cortejo de Motezuma, compuesto por nobles muy ataviados, que ostentaban á la espalda mantos de algodón, á la frente coronas de pluma, en el brazo brazaletes de turquesas, en los labios y hasta en las narices piedras preciosas,

en las orejas larguísimas arracadas, precediendo, á guisa de procesión, al Emperador, llevado en andas de oro, ceñido de telas finísimas, puesto bajo palio de irisadas plumas, coronado con una colosal esmeralda, cuyas facetas relumbraban en sus varios matices de un modo extraordinario, anunciado por ministros que advertían su presencia con varas mágicas, sostenido por dos altos príncipes colaterales dispuestos á servirle de sendos báculos, obsequiado por dignatarios con encargo de ahumarlo entre nubes del más oliente incienso para que pareciese un ídolo y tenderle blancas telas al suelo para que no tocaran en él sus pies, que calzaban hermosas sandalias hechas de metales riquísimos y ceñidas por cordajes de perlas, todo cual cumplía en aquellos esplendores y lujos que dejaban atrás los encarecidos del Oriente y se colocaban sobre las fábulas é invenciones de la más hiperbólica poesía. Después de haberse visto con el anhelo despertado en cada cual por lo singular del caso y saludándose con mutuas cortesías encubridoras de mutuas desconfianzas, alojóse Cortés en el palacio de Axajaca, denominadõ así por obra de este príncipe, padre de Motezuma, el cual palacio, especie de gran cuartel fortificado, tenía dimensiones tales que semejava una ciudad y era capaz y propio para vivienda y alojamiento de todo un ejército.

En él se instaló Cortés á sus anchas. Desde aquel momento había dos palacios y dos reyes en Méjico; y esta coexistencia de los contrarios completamente imposible, traía consigo un irremediable conflicto por mucho que lo quisieran uno y otro aplazar y mucho en todo uno y otro ceder. Presentábase un punto, dentro del cual estallaba la guerra por necesidad, el punto religioso. Predominando en aquella sociedad y en aquellas almas el ideal teológico de un modo incomprehensible á la conciencia moderna, Cortés no tenía más remedio que pedir la conversión del Emperador á su creencia, y el Emperador no tenía más remedio que oponer á esta pretensión insuperables negativas. Más fácil parecía rendir su corona y cetro al rey, que vender su espíritu y ánimo al Dios de los españoles. Así toda insinuación para que trocase la religión de sus abuelos en la religión de sus huéspedes únicamente servía, no á persuadirle, á endurecerle. Aquel sol divino, que iba por los espacios celestes acompañado de las bailadoras sacras, como antes de bayaderas los dioses indios orientales; aquel río inmenso de sombras, que separaba esta de la otra vida, y por cuyas tinieblas se atravesaba en el encendido lomo de un perro encarnado; aquellas lechuzas gigantes asidas al árbol del abismo que miran con sus ojos fosforescentes parecidos á estrellas de azufre las almas de los muertos recién llegados; aquella cosmogonía de los cinco períodos cósmicos enlazados á la manera hesioda por nexos enteramente lógicos y en serie; las jóvenes víctimas humanas, á quienes partían el corazón palpitante con cuchillos de piedra empapada en sangre por siglos de siglos, representaban una historia tan larga en una serie de tiempos tan gloriosos, que no podía instarse de los aztecas una separación, pues pensaban á una con sólido fundamento, que, al apartarse de sus ídolos y de sus creencias, en realidad se apartaban de sí mismos. El primer acto de rompimiento entre Motezuma y Cortés pasó en la visita hecha por éste á invitación de aquél, un pésimo acuerdo ciertamente, al dios mayor de

Méjico. Los desabrimientos, no sentidos en los palacios, estallaban en los templos. Cortés intentaba poner la Cruz allí, porque le olían los fetiches mejicanos á triste abominación; y Motezuma se irritaba de la irreverencia del español, porque le parecía la Cruz á él una horrible abominación del teule, ó diablo, contrario á su eterna salud y en acecho de los mortales para perderlos. No podía pues tenerlas todas consigo, porque había perseguido en lo religioso el culto al dios-serpiente que ahora se vengaba, y en lo político había perseguido á los plebeyos y á los mercaderes en obediencia de la teocracia que tanto contribuyó á ponerlo en el trono. Miles de agüeros le inquietaban. Venían los muertos del otro mundo á referirle presagios nefastos; llenábanse los horizontes nocturnos de siniestros cometas; una exhalación, ó serpiente de fuego, con tres cabezas, recorrió los espacios, difundiendo el espanto que un ciclón y un terremoto; salióse de madre la gran laguna mejicana como un mar embravecido, y ardieron espontáneamente como herbajes secos los mejores templos; el aire ambiente comunicó plañidos de voces llorosas á todas las orejas, y monstruos nunca vistos, abortados por la Naturaleza horrorizada, presentáronse á los palacios reales entristecidos y vacilantes; unos pájaros enormes bajaron de lo alto con láminas en la frente donde se hallaban inscritas palabras de maldición y de muerte; allá en las cavernas veíanse por los campesinos menos fantaseadores, imágenes del Emperador con quemaduras hechas por sus propios pebetes donde ardía el profano incienso á sus narices ofrecido por la triste adulación, y entre las nubes pasaban en tropel, como por los ojos febriles extrañas visiones, ejércitos exterminadores tras los cuales únicamente quedaba el incendio y la desolación.

Bien pronto se cumplieron estos presagios. Comprendió Cortés que, no pudiendo partirse sin desdoro y mengua, ni quedarse sin poder y autoridad, le importaba someter al soberano y subyugar al pueblo, antes que por la frecuencia del trato y la connaturalización estrechísima con los españoles, perdiesen las gentes indígenas el asombro tan cercano deudo de la extrañeza. Dióle pie á su propósito la muerte del Gobernador de Vera-Cruz, Escalante, inmolado por un cacique feudatario de Motezuma que se llamaba Gualpapoca. Espoleóle más la certeza con que sabía en sus continuas investigaciones haber con gusto recibido Motezuma en siniestro presente la cabeza de un español degollado tras el encuentro de los indios con Escalante, cabeza que le mandaba su vasallo regio en certificación de no haber alcanzado aquellos mortales aquí la inmortalidad atribuída en las supersticiones generales á ellos por el terror y la ignorancia. Desvarió pareciera lo que proyectó Cortés, á no constar entre lo autorizado por evidente, pues pensó aprisionar al Emperador, y conducirlo preso al alojamiento español, cuando estaba en el corazón de la capital azteca, y rodeado tanto por su pueblo en recelos como por su ejército en armas. Pero lo cumplió. En vano, para congraciarse con él, Motezuma entregó el sello imperial tallado en piedra preciosa de sumo valor á un emisario, para que su cacique vasallo se personara con celeridad en Méjico, y contestase con sumisión á las acusaciones fulminadas sobre su gobierno. Nada le valió, y todas las observaciones, como todas las complacencias del

Emperador, marraron á una; porque no pudo Cortés perdonarle aquella humillación al Monarca en el temor de que, no quitándole ahora la libertad, se viese obligado más tarde á quitarle la vida. El cacique, tan desagradable al conquistador, murió dentro de una hoguera, sin despedir ni un suspiro, ni un sollozo, en los patios de la cárcel de Motezuma, con grillos aherrojado durante la ejecución de su feudatorio, para que sirviera en su cabeza imperial de pródigo escarmiento la pena impuesta en cabeza de otro. Comprendió Motezuma que los grillos del pie le habían arrebatado de la frente su diadema, y lanzó un sollozo, como aquel que oyeron en el mundo antiguo los últimos paganos á la venida del Cristianismo, como aquel que por amargo é intenso únicamente saben lanzar las teogonías y las instituciones moribundas. Mas aun habían de agriarse más las relaciones entre aztecas y españoles. Aunque ninguna negativa opuso la corte á los deseos del conquistador, quien alcanzó desde un pleito homenaje á su monarca y Estado hasta una capilla cristiana en el mejor adoratorio imperial, como se partiera Cortés á la costa solicitado por asuntos dificultosísimos de la colonia, pudo dejar á los que le reemplazaban en la guarda de Motezuma el valor suyo, mas no pudo dejarles la prudencia, que hizo buena falta, pues tras una degollina de sacerdotes y nobles, muy criminal, no sólo por cruel y antihumana, por inútil y torpe, se quebraron todos los frenos puestos á la paciencia, y rompieron en guerra los antes sometidos á una servil y casi-consuetudinaria complacencia con los sobrenaturales huéspedes. Cuando volvió Cortés de su expedición el día veinticuatro del mes de Junio, año mil quinientos veinte, hallóse con la población sublevada y los españoles sitiados por haber procedido el jefe á quien delegara su poder y en quien pusiera su confianza, el célebre capitán Alvarado, como un verdadero insensato, herido como por asalto de una increíble demencia. Los mismos autores que quieren disculparlo convienen todos que dispuso aquella triste hazaña con más ardor que prudencia; sin comprender lo que importan al triunfo los adornos de la razón y del derecho; dejando á sus soldados entrar á saco donde como custodios debieran haber entrado, y en poco reprimida licencia llevarse un botín, dificultoso de renunciar, cuando se hallan el oro á la vista y la espada en el puño. Reprendióle Cortés; pero tales reprensiones debieron ir seguidas de castigo como el mismo Alvarado, vuelto en sí de aquella embriaguez, pedía, para dejar más incólume al general inocente de su crimen y calmar á los aztecas desatados ya contra sus dominadores. Quizás Cortés no acudió al castigo, por no creerlo remedio en el coraje de los ánimos, y por necesitar de toda su gente para oponerse al asedio amenazador y rechazar el asalto próximo. Con efecto, expidió una compañía por la ciudad, y sólo vió la ira, imposible de calmar; provocadora por sus alardes y por sus amenazas y por sus retos al combate. Hasta tres asaltos intentaron á los cuarteles del español aquellos rebeldes, en quienes la memoria de sus complacencias antiguas aumentaba el deseo de un tremendo desquite. No esperaron los acometidos; se fueron á la ofensa. Á intervalos de un horrible silencio seguía fragoroso estruendo de gritos acompañados por atabales y bocinas de una espantable resonancia. Les cargaron mosquetes y

artillería, mas resistieron á las primeras cargas sin descomponerse y sin precipitarse. La guerra parecía más que popular, como Cortés con sumo acierto dice. Muchas casas quedaron ardiendo, muchos tlascaltecas muertos, el mismo Cortés herido, constriñéndole todo cuanto veía en derredor suyo á recogerse dentro de sí mismo y á pensar en lo enorme de su falta, si en aquel momento y para después en la historia, una triste irreparable rota, y el abandono de un tan grande imperio á ella consiguiente, se podía por los venideros imputar á su temeridad en el arrojó y á ceguera contraída de súbito por él en los espasmos del odio y en los impulsos al desquite. Motezuma, entretanto, le incitaba con empeño á devolverle su libertad, dándole palabra de serenar el tumulto y no desistir del castigo. Cortés le prometió hacer todo cuanto deseaba y ocurrir á todo cuanto pedía; pero con una condición únicamente, con la condición de que, antes de soltar él á su cautivo, soltasen los vasallos del cautivo las armas. Pero en esto se redobló el ataque de guerra con mayor empuje, y tuvo que acudir Cortés á la defensa del cuartel y al mando de los suyos con decisiva resolución.

Mezclando Cortés al valor más heroico la industria más fina en estos acometimientos y combates, no quería llevar las guerras al extremo de perder y exterminar una gente que deseaba regir; y así autorizó al Emperador para que departiese desde los pretilos del terrado con los rebeldes, y les asegurase cómo estaban resueltos los españoles á irse de grado, no por temor que les tuvieran, por consideración al daño que les inferían. Apremiaba tanto más esta resolución, cuanto que habían llegado algunos sitiadores á ponerse de pie dentro de los reparos, sin que los detuviese la resistencia, ni los escarmentara el castigo. Vino en ello Motezuma; y cuando mayor parecía el ataque y más próximo el asalto, según los estruendos de los incendios extendidos por los aires, tonantes y relampagueadores como cuando los llena una tempestad, pidió para presentarse á su pueblo las preseas é insignias del poder, queriendo cegar los ojos con los esplendores de su majestad sobrenatural antes de persuadir los oídos al atento cuidado de su voz. Llévábanlo cogido por los sobacos dos mejicanos de la mayor cuantía, y asombraban en guisa de solio y palió ambulante su persona las rodelas de los soldados españoles. Ceñíalo aquella blanca túnica, llamada timatli, que pendía de sus hombros prendida con esmeralda reluciente al pecho; calzábalo un manto imperial de vivos colores, todo sembrado de perlas y brillantes; calzábalo sandalias de oro macizo y lo coronaba el copili semejante por su riqueza y por su arte á las tiaras que se ponían los déspotas persas y asirios en las más solemnes ceremonias. Al verlo en tanto esplendor y grandeza, descubrieron los supersticios mejicanos el retrato é imagen de su raza, y le saludaron á una con algo más ferviente que las aclamaciones, con el silencio religioso impuesto en los templos por la presencia del Dios. Pero, en cuanto habló y dijo lo prometido á Cortés, disuadiendo los ánimos del ataque, y persuadiéndoles al orden y obediencia en aguarda de la resolución del huésped, decidido á partirse de grado; una tormenta de injurias llamándole mujerzuela y ga-

llina le cayó sobre su atribulado ánimo, y una nube de flechazos y pedradas sobre su débil y desmedradísimo cuerpo. Derribado en el suelo al golpe de un pedrusco en la cabeza; y tendido, más bajo el peso de su afrenta moral que bajo el peso de su dolor físico, no le alzaron de allí los suyos, sino para conducirlo al regio lecho; y no cayó en cama, sino para levantarse á la eternidad. En los primeros días de su cautiverio el cuitadísimo viviera muy contento. Cuando le hablaba Cortés de volver á su palacio y corte, resistíase temeroso quizá de reconvenções, que toleradas hubieran disminuído en él aquella grande autoridad espiritual, vivificadora y sustentadora de todo humano poder. Nada podía echar de menos en el palacio de su padre. Acostumbrado antes á una visita diaria de seiscientos nobles y circuído ahora de milites, el palacio antiguo debía parecerse al cuartel nuevo, habiendo en ambos las despensas y botillerías necesarias al mantenimiento de tal multitud. Las esteras de multicolores junquillos, los tapices de algodones bordados como nuestros cañamazos, las almohadas de cuero para sentarse, los jóvenes inscritos á servirle de hinojos la comida, los platos de rica porcelana servibles para una sola vez, el brasero argenteo que cada plato llevaba por detrás en evitación del enfriamiento de las viandas, los banquetes larguísimos, el espectáculo de la Naturaleza y el acceso á los jardines tan gustosos, el paseo y esparcimiento en las canoas imperiales, el estudio de sus jardines botánicos, el recreo en sus pajareras innumerables, amén de los harenes con otros holgorios, que callamos en respeto á la Historia, concluyeron por connaturalizarlo con la esclavitud, y por habituarle á tomar como servil obediencia la cortesía de sus carceleros en aquella deshonorosa cárcel. Pero, desde que regresó Cortés del viaje á la costa, muy ofendido Motezuma con la inútil aventura del degüello de los suyos dispuesto por el atolondramiento de Alvarado, dejó de ver á los españoles, y se recluyó con reserva en su gabinete particular, convirtiéndolo por su propio arbitrio en duro calabozo. Cuando tras este retraimiento los sucesos le obligaron á entenderse con el conquistador, adelantó siempre la idea de su retirada, prólogo indispensable á todo trato, y tras la promesa de su retirada subió al terrado y habló guarecido por su pretil. Pero, viéndose maltratado por las lenguas y mal herido por las pedradas de sus gentes, entróle tal despecho que rayó en desesperación, y tal desesperación que lo empujó al suicidio. Así desviaba los medicamentos; rompía las vendas; iba en desvaríos y desatinos continuos del sollozo á las amenazas; se irritaba con exaltación á los consuelos que sólo conducían á enloquecerlo como esos remedios, cuya importunidad encona y agrava las enfermedades; y en su hábito de tomar siempre resoluciones, recibía como agravios los consejos, deseando la muerte, creído de hallar en ella tan sólo el silencio y el secreto para todo cuanto le había en aquellos días sucedido de adverso y deshonoroso. Unas sesenta horas duró su agonía. Y en ellas las instancias del general Cortés y los sermones del padre Olmedo para su arrepentimiento y conversión, sólo alcanzaron avivar la fidelidad á sus dioses y obligarle á morir como un antiguo creyente devoto, en la religión y en la moral y en el dogma que habían profesado sus padres y sido la base de su Imperio.

La respuesta del bárbaro aparecía más congruente con el honor y con la fidelidad que los consejos del general y del sacerdote cristianos, pues á la observación de ambos obyujargándole para que se bautizase por lo próximo de su muerte, oponía la imposibilidad completa de recibir y practicar una fe nueva en los últimos instantes de su terrena vida. Mucho le ofendieron los insultos y mucho le adoloraron las heridas; mas por aquéllos y por éstas acertó á morir con mayor dignidad y honra que las tenidas mientras viviera y reinara. Después de haberlo inmolido, lloráronlo sus vasallos como si fuera su muerte la muerte también de toda la nación. Así, entregado por Cortés el cuerpo, colocáronlo en una caverna, donde diz que aun hoy se plañe de su triste suerte y ambula hecho una sombra, cual aquellos antiguos héroes insepultos de las tragedias y de los poemas helénicos. Mucho pudieron perder los aztecas con la desaparición de Motezuma; pero más los españoles. El Emperador les había como cedido su sello, y colocádoslos bajo su alta superior autoridad, sancionando la conquista. Sonaba la hora, pues, de una resolución suprema é inapelable. Mas para decidirla, incomodaba mucho á Cortés un adoratorio cercano, desde cuya cumbre los sitiadores le molestaban á la continua y en ocasiones le inferían toda suerte de irreparables daños. Cosa temeraria intentar el asalto de un edificio desmesuradísimo, á cuya cumbre se ascendía por más de cien escalones gigantes, bordeado á derecha é izquierda por un abismo que abría la muerte y la eternidad á los dos flancos y cortaba todo recurso y apelación á la fuga. Pero no deben identificarse y confundirse con los temerarios aquellos actos de valor y de coraje sugeridos por la necesidad é indispensables á los desesperados. Precisaba tomar el templo parecido á fortaleza, y había que cerrar al peligro de la toma los ojos. Envió Cortés al capitán Escobar por animoso; y el animoso tuvo que retroceder. Los agredidos se convirtieron en agresores, y guardaban entre los espasmos de la ira una inverosímil ordenación. Parecían temible catarata rodando de lo alto para destruir y anegar, aniquilándolos, á los de abajo, que necesitaban triples esfuerzos para subir defendiéndose y mantando. Pero allí estaba el valor de Cortés, único en la Historia. Mal herido, febril, con la mano entrapajada; bajo una lluvia de maderas encendidas; entre una niebla de arrojados dardos; teniendo que subir á repecho y que burlar el doble abismo abierto á sus plantas; acosado por turbas de indios que surgían como los miasmas de un lago y como las moscas de un pudridero; desasiéndose de los que le asían para estrellarlo desde los pretilos en el suelo; contrastando las maldiciones de los sacerdotes que parecían salidos del averno como envueltos en sus negros hábitos y con sus largas cabelleras al viento, exterminó todos los defensores, y después de haberlos exterminado con su furor inverosímil, puso fuego al edificio, derritiendo en las llamas el poder y el prestigio de una secular idolatría.

Todo lo visto y experimentado persuadía de consuno á la retirada. Los mejicanos contaban sus enemigos y se contaban ellos mismos, hallando en la desmedida superioridad del propio número la fianza indudable del seguro desquite. Ni había siquiera motivo para combatir: con cortarles agua y víveres morirían de hambre y sed los es-

pañoles rodeados por las salinas y por los asedios; con destruir la calzada, cortábanles toda comunicación y les impedían lo mismo recurrir á los tlascaltecas que aguardar de los tlascaltecas auxilio. Penetrado Cortés de que tal plan había prevalecido en la voluntad y ánimo de los expugnadores decidió salir la noche misma del día en que trocó la sospecha en evidencia. Esta noche no puede fijarse con seguridad, por las contradicciones halladas en el cómputo de las fechas que le asignan los historiadores del tiempo y los cronistas del hecho. Mas debió ser la noche del día primero de Julio en el año mil quinientos veinte. La primera disposición que tomó fué construir un puente portátil que tender á las cortaduras abiertas por los enemigos en la calzada conducente á tierra. Hecho esto, distribuyó los tercios allegados en la conquista, y después de apartar el diezmo correspondiente al Estado y á su propia persona y á su cuerpo de capitanes y caudillos, dejó á los demás cargarse como quisiesen á su guisa, no sin advertirles cuánto el peso embarazaba el movimiento. Los que, creyéndole, cargaron poco, fueron salvos; los que mucho cargaron, perecieron bajo el peso de su oro y de su codicia. Escogió Cortés la noche, porque las sombras le prestaban auxilio para la estratagema, cual la repugnancia de los indios al combate nocturno le prometía menor asalto. Toda la tarde anduvo expidiendo embajadores con propósito de arrojar tierra en los ojos del enemigo y cegarlos para que no columbrara y advirtiera sus planes. El envío de un rehén tan precioso, como aquel sumo sacerdote cautivado en la toma del adoratorio, daba verdaderos visos de permanencia durable á los aprestamientos aconsejados por el fundadísimo recelo. Pero todo lo tenía previsto y dispuesto cuando parecía más inerte y quedo. Puso la vanguardia con acuerdo bajo las órdenes de Sandoval; bajo las órdenes de Alvarado la retaguardia; y se quedó con el centro que le permitía disponer del núcleo y grueso de sus tropas así como acudir á los dos extremos. Era media noche cuando todo estaba en sus disposiciones apercebido y aprestado. Reinaba silencio profundísimo. El sueño había caído con mayor pesadumbre que nunca sobre la ciudad, fatigadísima de las antiguas emociones, generadoras de tantas vigiliass é insomnios; por ende reposada y dormida en el seno tranquilo de una tregua. Evaporaban las aguas densa niebla de la cual caía menuda llovizna. Era más noche que las otras corrientes; ah! esta noche. Cortés, aun después de haber medido el riesgo, estaba sereno, como confiado en la exterior estrella de su fortuna y en la interior de su genio. La misa rezada por el padre Olmedo también le abrió el pecho á la esperanza y le llevó á la memoria los cristianos auxilios del cielo, en tantas ocasiones gravísimas y en tantas coyunturas cual aquélla. Salieron los soldados del cuartel como pudieran del sepulcro salir sombras: tal silencio guardaban todos. La plaza delantera, henchida pocos días antes de combates y tumultos, estaba solitaria y muda. Por la calle ancha vecina únicamente tropezaron en aquel primer paso con los montones de cadáveres hacinadísimos y descompuestos. La pesada laguna parecía en las tinieblas como un desierto con superficie de azabache, ó como el pavimento de un panteón solitario enlosado de negros mármoles. Las innumerables callejuelas, que desembocaban á la calle, parecían un abandonado labe-

rinto. Pero los centinelas, acurrucados en las sombras, no dormían entre los indios, antes á todo se hallaban dispuestos según una organización admirable por las previsiones certeras, unidas con los astutos sigilos. Todavía no resonaban sus bocinas y sus gritos de guerra cuando ya se sentían sus bien asestados golpes de muerte. Parecían salir las canoas enemigas del agua, como hambrientos tiburones; y bajar del aire las tribus acometedoras, como aves rapaces, precipitadas de alturas inaccesibles, con súbito descenso y vertiginosa caída, sobre sus presas. Los microbios que epidemian y apestan una comarca semejáránse de seguro á los grupos de indios esparcidos con ciego furor al paso de los tenaces y arriesgados españoles. Como un ciclón desatado en medio de la inercia y del silencio que levantase trombas tonantes, así fueron los fragores producidos por clamores, bocinas, flechas, arcos, golpes, resuellos, por toda la furia del acometer y del asaltar á los impulsos de un odio que los acometía como un desate de verdadera demencia. En su agilidad de gamos, en sus saltos de tigre, en sus revuelos de aguiluchos, en su crueldad de buitres abandonáronse más á los impulsos de la naturaleza desordenada que á las consignas de una sabia jefatura, frustrándose parte de su arrojo por el exceso y exageración de las acometidas, que les llevaban hasta maltratarse y herirse unos á otros en las espirales oscuras del infernal combate. Verdaderos anfibios parecían pesada la canoa y se lanzaban al agua para más de prisa ir al enemigo, y cogiéndolo por los pies con violencia, sumergirlo y ahogarlo con presteza. Parecían todos los nuestros á desaparecer próximos. El puente portátil sirvió en la primer cortadura; pero de allí no pudieron extraerlo ni en la segunda usarlo. Parece imposible; se colmó ésta con despojos y cadáveres que cubrieron el foso é hicieron un terrible y palpitante camino amasado con hirviente sangre. Pero ninguno de tales hechos pudo suceder sin que por todas partes se dilatara una terrible confusión, como si aquello no fuera el combate de unos con otros, sino el suicidio de todos. La vanguardia y el centro pudieron pasar sobre la puente y artificio por la primer cortadura; sobre aquel terrible colmo de pertrechos y de cadáveres por la segunda; echándose al agua, que á la cintura les llegaba, en la última; siempre por el auxilio y asistencia de Cortés, quien parecía revestir todos los aspectos, estar á un mismo tiempo en todas partes, ser en una pieza general y soldado, sentir el furor de un héroe con la piedad de una madre, acorrer á todos y proveerlo todo, huir y retroceder como impelido de sobrenatural fuerza, uniendo al ímpetu la destreza y al valor la conmiseración y al ascendiente sobre los suyos la severidad en el mando y á las iluminaciones súbitas de una inspiración sobrehumana los consejos reflexivos de una madura inteligencia casi matemática; por tal modo adaptado en la correlación de sus facultades á su destino, que parece un arquetipo del ministerio que trajo á la vida y del papel que desempeñó en la sociedad y en la historia. Pero si pudo salvar una parte considerable de la vanguardia y del centro, no pudo salvar la retaguardia perdida por nuevos atolondramientos de Alvarado, quien trató de cohonestar la salvación de su persona con la ruina de los suyos, por medio de la fábula de un salto fingido, semejante á vuelo de ave, la cual fábula

no le valió, pues un testigo de mayor excepción dijo en probanza de grande autoridad para la crítica «que si Alvarado hiciera y peleara como era razón, que ni mataran tantos cristianos ni se perdiera lo que se perdió». La fertilidad asombrosa de múltiples recursos connatural á Cortés lo salvó todo. No podrán las glorias de actos como este redimirle de cierta codicia congénita con todos los descubridores; de cierta crueldad indispensable á las empresas temerarias; de ciertas sensualidades nacidas casi del propio temperamento de un héroe tan accesible á las cegueras del odio como á las cegueras del amor; pero en el acometer y calcular y prevenir y proveer no tiene rival. Aquella ocasión lo encontró sensible y hasta tierno como un artista, después de haber estado pródigo como un ángel de la guarda y feroz como un león de la selva. Cuando, en lo más recio de la pelea, desprovisto del puente paralizado en la primer cortadura, sin artillería por necesidad arrojada en el peligro al paso, rodeado de cadáveres, andando sobre las entrañas humeantes de los suyos, herían sus oídos las apelaciones de los españoles á Dios en el estertor de su agonía mezclado con los clamores de júbilo que despedían los indios á la embriaguez de su desquite y venganza, el corazón á la rabia le saltaba del pecho; y cuando, ganada la tierra, salvos los restos afortunados de aquella legión diezmada, sabido el número de muertos, acabara el combate, se le derritió el corazón de lástima. Industriado en que la última porción de su retaguardia se había por completo perdido, sentóse bajo la copa de un árbol, sobre dura piedra, y cubriéndose con ambas manos el rostro, echóse á llorar con profundísimo dolor y amargura verdaderamente acerba. Pero, á los pocos instantes, comprendiendo como lo pasado debía empeñarle más y más en lo emprendido, enjugó las lágrimas, contempló á los suyos, y dijo en la lengua imperecedera del coraje y de la resistencia nuestro sacramental «no importa». Y con efecto no importó. Á los pocos días brillaba en las alturas el sol inextinguible de Otumba.

Madrid 29 de Mayo de 1892.

EMILIO CASTELAR

BIBLIOTECA
ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANICO AMERICANOS



Acuarela por D. L. Herreros.

Sonntag - cromolit.

Lit. J. Palacios-Arenal 27.

EL ARBOL DE LA NOCHE TRISTE

Mejico
Copiado del Natural.
despues del incendio de 1872.

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANOLINGÜÍSTICOS
BIBLIOTECA